

El Correo Literario.

PERIODICO POLITICO, LITERARIO I DE COSTUMBRES.

ILUSTRADO.

Número 11.

Oficina central, plazuela de la Compañía, Junto a la Imprenta.

Setiembre 17.

EL CORREO LITERARIO.

SANTIAGO, SETIEMBRE 17 DE 1864.

LOS DIAS DE LA PATRIA.

Vivir libre juró nuestro pueblo
Convertido de esclavo en Señor;
Este voto del cielo inspirado
A la faz de la tierra ofreció;
Con placer las naciones lo oyeron,
Los tiranos con susto i pavor.

JOSE M. SALAZAR.

Los días de la patria son los días de los grandes recuerdos, los días en que el corazón late con los sentimientos mas puros i jenerosos.

En ellos se detiene el presente, para volver los ojos al pasado, buscando en las hazañas de nuestros héroes ejemplos que imitar, mientras el alma se siente arrebatada por el sublime espectáculo de sus glorias i sacrificios.

Cincuenta i cuatro años hace a que nuestros padres abrieron la patria el camino de la libertad i del progreso. El 18 de setiembre de 1810 fué el principio de aquella era gloriosa, que dió por fruto la independencia de Chile.

La idea de la libertad había alcanzado a penetrar en nuestra querida patria, a pesar de las trabas con que la recelosa España tenía encadenado el pensamiento de los americanos.

Patriotas entusiastas i ardientes se alzaron aquel día para dar a Chile un gobierno nacional, i escudados con el pretexto de conservar a los monarcas españoles la soberanía de la nación, elaboraban en secreto la grande obra de nuestra independencia.

La Junta gubernativa fué jurada ante los altares, en medio del regocijo de un pueblo que atónito presenciaba por la primera vez el sublime espectáculo de una nación que pasaba de esclava a soberana.

Detengámonos un breve instante a recordar los nombres de los patriotas que llevaron a cabo la revolución de 1810. Ellos son acreedores a ser llamados Padres de la Patria i verdaderos fundadores de nuestra independencia.

Toro, Aldunate, Marquez de la Plata, Martínez de Rosas, Vera, Marín, Argomedo e Infante son nombres que grabados en la primera página de nuestra historia, no podrá nunca dar al olvido la posteridad.

Aquellos ilustres republicanos debieron sentirse en tan solemne día animados por las mas sublimes emociones; debieron dirigir una mirada profética hacia el porvenir i contemplar el destino futuro del pueblo, cuyas cadenas acababan de destrozar. Esas almas templadas en el heroísmo debieron formar muchos votos que a sus hijos nos toca realizar, i al ofrecerse al sacrificio i al martirio, por elevarnos a la dignidad de hombres libres, contaban con que nosotros seríamos dignos del beneficio que nos dispensaban, conservando siempre sin mancha, como hasta aquí lo hemos hecho, el honor de nuestra adorada patria.

Al gran movimiento político de 1810 siguieron, como era natural los azares de la guerra: las primeras campañas de la independencia llenas de sucesos favorables i adversos, pero siempre gloriosos, mostraron al mundo cuanto puede un pueblo, que aunque pobre i desarmado, lucha por defender lo que hai de mas sagrado para el hombre, la libertad!

Esta guerra fué la grande escuela en que se adiestraron aquellos héroes, que en días mas felices arrojaron a la opresora España no solo del territorio chileno, sino del de toda la América.

En ella centellearon los aceros de los heroicos i desventurados Carrera, blandió O'Higgins su vencedora espada i Freire dió muestras de su juvenil arrojo: en ella en fin conquistaron inmarcesibles laureles mil otros, cuyos nombres son otros tantos timbres gloriosos, con que la patria se enorgullece.

Desgraciadamente los esfuerzos del patriotismo chileno se agotaron en el famoso sitio de Rancagua, verdadera Numancia americana, i después de la toma de esta ciudad comenzó para nuestros padres la carrera del martirio i de la proscripción.

Sin embargo, la dominación de los españoles no podía ser duradera en una nación que ya había probado los frutos de la libertad. Dos años después de la toma de Rancagua, los Andes vieron descender de sus altas crestas a los proscritos, que tornaban a la patria al frente de un poderoso ejército, que habían organizado, secundados por el patriotismo de los argentinos, esa nación jenerosa, cuyos hijos son los hermanos mas leales i abnegados con que cuenta Chile en la familia americana.

Por eso chilenos i argentinos han confundido

entre si sus recuerdos i sus glorias, i el nombre del ilustre jeneral San-Martin es pronunciado entre nosotros con la mas profunda veneracion, al par del de O'Higgins, el mas noble i magní-nimo de nuestros héroes.

Por fin el despótico poder de la España derrotado para siempre, huyó a ocultar el oprobio del vencimiento al otro lado de los mares, mientras los patriotas de 1810 veian coronada su obra con la gloriosa jornada de Maipú, en que los soldados de la libertad aseguraron definitivamente la independencia de Chile, i, no tememos decirlo, la de toda la América.

Felizmente no se han marchitado los laureles que segaron las espadas de nuestros héroes i la nacion chilena conserva sus honrosos antecedentes, sin que una sola mancha oscureza el brillo de esa triunfante bandera, que tanta gloria adquirió en los campos de batalla!

La Europa, que siempre ha mirado con ceño nuestras instituciones i que ha llevado su arrogancia hasta darnos el nombre de *salvajes*, se admiraria ciertamente, si, contemplándonos sin prevencion, viero los pasos gigantescos que hemos dado en la vía de la civilizacion i del progreso.

Al romper las cadenas de la dominacion española, Chile no había recibido de la Metrópoli ninguna organizacion política: vióse de repente libre i puede decir que a sí propio se debe cuanto ha ganado en ciencias artes e instituciones.

El despotismo suspicaz sabia demasiado que su dominio no podia durar en una nación ilustrada en el conocimiento de sus derechos; i por eso nos mantuvo, en cuanto le fué posible, en la mas completa ignorancia.

Hoi es admirable el aspecto que presenta Chile; el pensamiento vive i palpita bajo el ala protectora de la libertad; en el campo de la prensa se agitan de mil maneras las cuestiones del progreso i de la sociedad; todos los caminos están abiertos al talento, que ya no se halla, como en los tiempos de la conquista, condenado a vejetar i morir sin dejar en pos de si alguno de esos rastros luminosos ue señalan la carrera del genio sobre la tierra.

Los talleres i las escuelas se abren para los hijos del pueblo; la caridad cristiana tiende su mano protectora al desvalido con la fundacion de numerosas sociedades que se ocupan en socorrer la indigencia de las clases pobres; el vapor atraviesa nuestras campañas i une entre si populosas ciudades; el telégrafo trasmite en un instante el pensamiento con velocidad asombrosa, i las naves, que diariamente visitan nuestros puertos, nos traen los productos de las naciones mas apartadas del universo.

La vida de accion que distingue a nuestro siglo se ajita entre nosotros que, dóciles a su impulso, marchamos con fé, sin que su positivismo ahogue nuestro entusiasmo, o reduzca nuestras virtudes cívicas a la cuestión del *tanto por ciento*, única palanca que mueve la mayor parte de las naciones del otro lado del Atlántico.

Sea dicha la verdad: fuera de la Relijion casi nada debemos a España. La era del coloniaje se presenta a nuestros ojos, como una noche oscura i tenebrosa; la era de la libertad es la brillante aurora de un dia, que a pesar de las nubes que pretenden empañarlo, sera espléndido i glorioso en el porvenir.

Ha llegado para la América la hora de la prueba; Méjico ha sucumbido a las artimañas de un déspota ambicioso; a la república ha sucedido un imperio cimentado sobre los huesos de millares de heroicas victimas, bien distintas por cierto de esa turba de traidores, que han vendido a su infortunado pais!!

En medio de tantas desgracias todavía hai en Méjico hombres magnánimos, que como Juarez, sostienen el pabellon de la República, para honor de la América i de la humanidad!

El cañon de los tiranos, que parecia haber callado para siempre, desde que el bravo Freire arrojó de Chiloé los últimos restos del poderio español, viene tambien a amenazarnos de nuevo.

Ridículos pretestos, farsas indignas de una nación que se precia de caballereza, sirven de pantalla a la ambicion española, que se arroja sedienta de riquezas sobre las islas del Perú.

La indignacion que un atentado de tal naturaleza ha excitado en todo el continente americano es una prueba brillante de que aun aliena entre nosotros el sagrado patriotismo que nos legaron por herencia nuestros antepasados.

Es preciso que no se agoten sentimientos tan nobles i que en cada americano encuentre el despotismo español un enemigo terrible que sepa, si llega el caso, vibrar el puñal de Bruto, o postrar en los campos de batalla el insensato orgullo de los invasores.

En los días de la adversidad es cuando se conoce lo que valen las naciones. Es necesario hollar esa *rúvora* de la tiranía, que por do quiera pretende vomitar su veneno; estréchense los pueblos con lazos indisolubles, únase la América, para vengar los ultrajes que en el Perú le infiere una nación, que ayer era la risa i el ludibrio de las naciones europeas.

Partece haber llegado una hora suprema; una poderosa escuadra, cuyos planes se ignoran, se dirige al Pacífico: debemos estar alerta,.... sabemos si mañana volverá a tronar el cañon

de Maipú i comenzará de nuevo la guerra de la Independencia?

Hoi mas que nunca son necesarias las virtudes cívicas, el valor i el sacrificio. No es un riesgo lejano el que nos amenaza. Lo que ahora sucede es que ha llegado el momento de defender nuestra patria i nuestras instituciones del mismo tirano, que nos esclavizó por el largo espacio de tres centurias; que está en peligro la obra de nuestros padres i que cada ciudadano debe estar pronto, para el dia en que el clarín de los combates nos llame con el grito de guerra a nuestros antiguos opresores.

Si la lucha se abre, que nos halle en las lides, con el valor de los héroes i de las mártires i que ninguna mancha caiga sobre el pabellón que tan cubierto de gloria nos entregaron nuestros antepasados!

En estos días de recuerdos gloriosos no nos embriaguemos en el placer, como los romanos del imperio a quienes sorprendía el enemigo en medio de la embriaguez del opulento banquete; recorramos con la memoria los nombres de los que nos dieron patria i libertad, visitemos las estatuas de nuestros guerreros i reavivemos en nuestras almas el sagrado entusiasmo que los animaba en los difíciles trances de su gloriosa vida.

Sepan los españoles, que aunque O'Higgins i San-Martin no existen, sus nombres bastan a hacer revivir el patriotismo i que sus virtudes no serán estériles, porque encontrarán numerosos imitadores entre los que se enorgullen con su memoria!

Los grandes hombres pasan, pero los frutos de sus virtudes son eternos i el recuerdo de sus hazañas continúa produciendo héroes de generación en generación.—Ningún verdadero chileno desmaye al pensar en el porvenir, mire al pasado de su patria, i su espíritu latiendo con nuevo entusiasmo, esperará animoso futuros días de prosperidad i gloria.

Vivan los Padres de 1810! gloria eterna a los guerreros de nuestra independencia! Ahora que los regocijos populares, las salvas del cañón, las marchas guerreras celebran el aniversario de la Patria, todos aquellos que sean verdaderos chilenos, vuelvan la vista al pasado, i cuando con santo gozo recuerden el heroísmo de nuestros grandes patriotas, pueblen el aire con sus nombres, uniendo a ellos este enérgico grito, que parte de lo mas íntimo del corazón:

¡Viva la libertad!!!

E. DEL SOLAR.

17 de Setiembre de 1864.

A LA PATRIA.

CANTO.

Wache auf, du, edle Freiheit!
Utric von Hutten

Despierta o noble libertad!

I.

O Chile, o Patria mia,
Nunca tu nombre profanó mi canto,
Que siempre saludó mi poesía
Con labio digno i con respeto santo.
Yo siempre te amé libre,
Yo siempre te bendije, honrada i pura
Como el amor del alma, patria mia,
I luché i padeci por tu ventura!
Si corrieron mis lágrimas,
Si alguna vez mis plantas vacilaron
I perdi la esperanza
De ver tu faz augusta,
Fué cuando se empaparon
En sangre de mil víctimas
Tus valles que corría la venganza,
Armando la ambición su diestra injusta.

II.

Mas aíl era tu imájen el bendito,
El intimo consuelo
Del alma solitaria del próspero!
Yo veia tu cielo,
Tu sol meridional me calentaba
I sentia sus rayos, donde quiera
Que mis pasos guíaba;
En las rejones áridas del hielo,
En la lóbrega Albion o en la Austria esclava.
Que los que hemos nacido
Al pie de esta gigante Cordillera,
Cuya cuna han mecido
Los nobles ecos de canción guerrera;
Los que no hemos tenido
Jamas otra bandera
Que la bandera del derecho humano,
No arrojamos la fe del Nuevo Mundo
En el nido servil de un cortesano
O de un déspota inmundo;
Ni pensamos doblar nuestra rodilla
Ante ningun tirano.
Solo ante Dios el buen republicano
Postra su alma sencilla;
I solo ante la patria,
El cuello dobla i la cerviz humilla!

III.

No es de baja lisonja
Ni de brutal rencor o vil mentira
El verso mio melodioso acento;
El amor de la patria es quien lo inspira.
Mi alto pensamiento,
De patria i de arte, el ideal concibe
I donde vive el poeta el hombre vive.
Como una espada ardiente
Salga el verso valiente,

Desdeñando a esa turba miserable
Que postra humilde frente
I alma servil a la opresion culpable.
En el mas alto són, el canto vibra:
Voz del poeta i voz del hombre libre!

IV.

O Chile, o patria mia,
Ya en tu pecho viril la llama no arde
De la antigua enerja?
Tiembla en tu pecho el corazon cobarde;
I tu bandera ocultas,
La bandera de tu época de gloria
Que tinio en sangre la ultima victoria
I al triunfo mismo con tu inercia insultas?
Qué! dudas de tu historia?
De esa época de gloria i patriotismo,
Los harapos inútiles nos quedan?
Los hijos de esos héroes,
Avaros de grandeza i de heroismo,
Ni sus virtudes ni su esfuerzo heredan?
No hai nada en ti, no hai nada?
I crees que ya ha muerto
El antiguo valor, i que la espada
No podrán, ni la lanza, armas del fuerte,
Nuestros brazos blandir en campo abierto
I en él hallar o libertad o muerte?

V.

Es verdad, no se escucha
Estremeciendo el valle i la montaña
El cañon de la lucha.
Cesó el rujido del leon de España.
El erial de Maipú, tumba de bravos,
Hoi ostenta el primor de una campiña,
I allí, donde los siervos combatieron,
Hoi nacen ciudadanos i no esclavos;
Las espigas crecieron
I su curva raiz hundiò la vina
En el mismo lugar en que vencieron.
Hoi el tostado labrador sus bueyes
Empuja sin temor, los granos echa;
I escasa o abundante, su cosecha
No está sujeta a leyes
Que el cofre llenan de rapaces reyes.
Es cierto, hai patria, hai patria;
I gracias a los héroes, el colono
Ascendió a ciudadano;
El pueblo es soberano,
La Lei, el cetro, la Justicia, el trono!

VI.

I bien! porque no truena
El cañon en tu suelo cultivado
Que rompe en hondo surco el férreo arado;
Porque Méjico, solo,
Presa inocente de la franca hiena,
Lucha tenaz, magnánimo, esforzado,
Contra el crimen i el dolo
Que a un imbécil Hapsburgo han coronado;
Porque, en sus hostiles brenas,
Santo-Domingo ampara sus lejones,
I despliega sus béticas enseñas

Ora en bajas rejones,
Ora en las altas peñas,
Fatigando i diezmado batallones
De invasores extraños;
Porque, aleve i siniestra
I renovando pérvidos amaños,
Nueva opresion, en el Perú, se muestra;
I en santo fuego inflama,
Fuego de libertad, todos los pechos,
Que a defender la patria i sus derechos
Arma a sus hijos i a la lid los llama;
I bien! porque no flota
Un pendon enemigo en sus fronteras;
Porque un látigo infame no te azota,
Sueñas, Chile, en ridículos quimeras
I creyendo remota
La próxima invasion, tuerces la vista,
I no ves cómo avanza,
Sordida de codicia i de esperanza,
Arrastrándose impune la Conquista!

VII.

La Conquista! La América ultrajada
Por la Europa demente:
La inicua servidumbre entronizada,
La ignominia insolente!
La Conquista! La noche horrenda i fria,
La noche oscura, en la mitad del dia!
La Conquista! La fiesta
Del crimen-rei i su lacayo el vicio!
América violada en el suplicio
Virjen del mundo a la irrisión expuesta!
Súbdito ser de extraña monarquia!
¿Do está el Americano
Que no indigne ese nombre?
Quién, si tiene alma de hombre,
Ahorcará su alma con su propia mano,
Para ofrecerla al yugo,
Sierva de un rei o sierva de un verdugo?
Los pérvidos traidores
Que te insultan América, son viles
Traficantes del crimen i la afronta,
Padres de brenas, hijos de reptiles,
Que el oro impulsa i que su fiebre alienta.
Ellos, esos traidores,
Tiemblan de tu justicia,
Divina Libertad, santo Derecho;
I proclama a los reyes su codicia
I ayuda a la Conquista su despecho.
Ellos, esos traidores,
Apariencia de amor dán a su encono,
Calumnian a tus nobles defensores,
Sublime Democracia,
República sincera,
De la eterna Justicia, digno trono,
En que la lei de Dios igual impera!

VIII.

O Chile, o patria mia,
I el crimen triunfa, el crimen adelanta!
Ya la traicion impia,
En Méjico imperial, su triunfo canta.
Los conjurados déspotas,
Mercaderes de pueblos i de Imperios,

Han riñido la América
 I parten entre si los Hemisferios.
 La víctima elejida
 Eres tú, o libertad, tú, la mas santa
 Luz del progreso humano;
 Tú, simiente de vida,
 Honra i virtud del mundo Americano!
 Tú, la Sibila austera
 De los héroes mas grandes;
 Tú, a quien el hombre como a un Dios venera,
 I de quien ara i templo son los Andes!
 I aun esperais, tranquilas o medrosas,
 Repúblicas de América?
 Aun el grito de guerra,
 El fuerte grito de épocas gloriosas,
 No suena en vuestra tierra
 Evocando lejiones numerosas,
 Desde el Plata hasta el Ávila,
 Desde Chile hasta Méjico,
 El nombre de la América ensalzando,
 Las glorias de la América invocando?
 Cómo es que no estremecen,
 Los ecos del clarín, el raudo viento?
 Cómo es que no se mecen,
 En las mismas rejones
 I al clamor varonil del mismo acento,
 Las triunfantes banderas
 Que legó San Martín a tres naciones,
 Que Bolívar clavó en las cordilleras:
 Insignias respetadas,
 Por diez i seis Repúblicas
 En la América libre proclamadas?

IX.

Teneis miedo a la Europa? Envejecida
 La monárquica Europa está oprimida
 Por su orgullo fanático de casta;
 I educada por hábitos i leyes
 De antigua iniquidad, la sávia gasta
 De su fecunda vida
 Cambiando harapos i cambiando reyes.
 Se encenaga en la crápula,
 Al verse escarneida;
 I estimula i aplaude
 Desfachatada al crimen,
 Cínica al vicio, i arrogante al fraude.
 Yo he visto a los que oprimen
 Edificar su trono en osamentas,
 I entre ruinas sangrientas
 Revolcar su existencia a los que jimen;
 I yo he visto, en los fúnebres escombros,
 Caer a nobles mártires,
 I alzarse a los inicuos
 Con el manto imperial sobre los hombros!

X.

Qué haces, Francia, volcán de Ochenta i Nueve,
 Vixía siempre alerta
 Del mundo intelectual, o Francia, qué haces?
 El orbe se conmueve
 I tú, en lecho opresor, dormida yaces?
 Sonó la hora: despierta!
 Toca la diana, o gran nación, i atreve!
 Dónde está tu Tribuna, esa voz justa,

Defensora elocuente del Derecho?
 Do está esa inmensa puerta,
 Entrada de los pueblos, siempre abierta
 I siempre libre a la verdad augusta
 Que detesta el error i odia el cohecho?
 Allí, en esa Tribuna, resonaba
 La voz del Universo; en las tinieblas
 El rumbo del futuro señalaba;
 Los pueblos mas remotos,
 Los que viven al Norte i en las nieblas
 De la crasa ignorancia;
 El salvaje del Cáucaso,
 El blanco, el negro, el nómada,
 Allí enviaban sus súplicas i votos
 I todos exclamaban: Francia! Francia!
 De rodillas ahora
 Ante el crimen, al crimen i al perjurio,
 Tu brazo sirve i tu conciencia adora.
 Tus cuadrillas de zuavos,
 Fanáticos esclavos,
 Entran a sangre i fuego las ciudades;
 I la espada de Francia se convierte
 En puñal asesino
 Que trae a una República la muerte.
 I el crimen se divierte
 I Paris libertino
 I Paris rufianesco escancia vino,
 I en su oscuro burdel de iniquidades,
 Danzan ébrias i locas las maldades.
 Francia, gigante atado,
 Retorcerete te veo
 En tu abismo de cieno encadenado.
 Tus fuerzas ha enervado,
 Nacion esclava, el despotismo ateo.

XI.

I si luchas, América,
 Con la Europa tiránica i bastarda,
 De cien pueblos de Europa el brazo aguarda:
 Cien pueblos decididos
 Tus aliados serán i tus hermanos,
 Que se arman esos pueblos oprimidos
 Contra el mismo enemigo—los Tiranos.
 Cien pueblos! Cien cohortes,
 Marejadas titánicas,
 Que han de barrer con déspotas i Córtes!
 Un aliento divino rejenera
 A esos pueblos, i anima
 La humanidad entera.
 Del tiempo en la vorájine
 Sumérjense los siglos, i en la cima
 Del futuro, la aurora placentera
 De un sol de libertad el mundo alumbrá.
 Las sombras se disipan,
 Ese esplendor magnífico deslumbra
 A esos reyes esímeros
 I los pueblos esclavos se emancipan.
 Huye la furia de ambición insana,
 Huye el odio, la guerra;
 Execrado el patibulo,
 Como espectro del mal el crimen erra;
 I por la vasta tierra
 Los pueblos cantan el exelso Hossana,
 Gloria de Dios i redención humana!....

XII.

Tú, el templo de esos coros celestiales,
Tú eres, o libre América!
Dios escucha, en tus selvas virjinales,
Dios escucha, en tus ríos,
En tus montes bravios,
En tus valles extensos,
Que cruzan como indómitos rivales,
Las aguilas caudales,
Blancas garzas i cóndores sombrios;
Dios escucha, empapado en los inciensos
De las flores mas puras,
Empapado en los rayos que fulguras
En ámbitos inmensos,
Brillante sol de América;
Dios escucha ese santo
Himno de almas continuo,
De pueblos libres, bendicion i canto!...
I cuál será, Repúblicas de América,
En la nueva cruzada
La heroina o la víctima primera?
Todas! que a todas la Conquista osada
Amenaza en su vida;
Todas! que en todas la traicion espera
Con mano parricida
Matar la libertad, sembrar rencores,
Entregar la República violada,
La patria envilecida,
A sus reyes protervos,
I con tales señores
Hacer, de pueblos libres, pueblos siervos!

XIII.

I dudais todavía
Repúblicas de América?
A las Armas! Unid vuestras banderas!
Caduco despotismo,
Caduca tiranía,
Vienen a despertar vuestro heroísmo
De naciones guerreras;
Ai! de aquella que yazga en su egoísmo!
Ai! de aquella que asista
Muda al combate i trémula
Rinda un fácil tributo a la Conquista!
Todas con el mismo ímpetu
Ocupad las gargantas i laderas
I armadas inundad costas i llanos
Con falanjes guerreras;
Bajad como los rápidos
Torrentes de las altas cordilleras,
Pueblos Americanos
I en sus ondas ahogad a los tiranos!
A las armas! Unid vuestras banderas
I vencereis! La historia
Nueva hazaña en sus páginas
Grahará i nueva gloria;
De los primeros héroes
Renovando el ejemplo i la memoria!

XIV.

Fértils campos, fértils riberas,
Paisajes i colinas,
Moles de nieve, cimas altaneras,

Cunas blancas de imágenes divinas;
Sublimes cordilleras,
La luz en vuestras cumbres amanece,
La inmensidad de Dios allí aparece!
No vengo aquí, colosos de granito,
A alzar estéril canto;
Ni a ocultar con la cólera el espanto
nvuelto en los disfraces del delito.
Poeta i hombre, en frente
De vosotros, yo subo con la mente,
A la verdad mi espíritu levanto,
Su espacio no límite;
I si a mi patria canto
El provenir de América medito!

XV.

O Chile, o patria mia!
La noble frente eleva,
Mueve el brazo robusto,
Sosten a la República en la prueba
I halle tu espada el agresor injusto.
Si a lucha i guerra tu coraje incito,
Si ante tu faz evoco
Los grandes hechos que la historia ha escrito;
Si admirando tus héroes los invoco,
Tu amor es quien me inspira,
Tu amor es quien inflama,
En mi pecho viril, la noble llama
De patriótico ardor que enciende la ira.
Ya truena mui cercano
El cañon invasor; ¡i quién no mira
Una afrenta en la afrenta de un hermano?
Quién no vé tu Derecho
I el Derecho del mundo Americano,
Hollado por la afrenta
Por el insulto herido,
Como cosa perdida puesto en venta,
Pobre herencia de un mundo envilecido?
O patria, en tu mejilla,
No sientes, i en tu pecho,
Rubor que ofende i altez que humilla?

XVI.

O patria, si no amaras
Tu santa libertad ¿para qué entonces,
De tus héroes, la efíje eternizáras
En inmortales bronces?
Qué Dios, en esas aras,
Acata i reverencia el patriotismo?
La Libertad! la madre inspiradora
De los hechos magnánimos;
La Libertad! terror del despotismo
Atada siempre i siempre vencedora!
O patria, si no amaras
Tu santa Libertad, ¿quién osaría,
El nombre de tus héroes,
Celebrar con los himnos de la gloria;
Si era solo esa gloria una ironia
Para insultar su nombre i su memoria?
¿Habrias tú vaciado
En bronce eterno la marcial figura
De Freire, el impertérrito soldado;
De San Martín enérgico i valiente,
La vigorosa talla en la escultura;

I de Carrera, el búzar denodado,
La actitud imponente;
I dejáros allí en sus pedestales,
A ellos, nuestros héroes inmortales,
Cautivos en su bronce eternamente?
A ellos, que supieron
Ejércitos crear de ciudadanos;
A ellos, que a sus déspotas vencieron,
A ellos, que la República nos dieron,
I una patria feliz, patria de hermanos?

XVII.

Mas no, dignos patriotas,
No magnánimos héroes,
Que Chile esculpe en bronces inmortales,
Que ensalzarán las épocas remotas,
En vuestros pedestales
Héroes siempre seréis, dignos patriotas!
Los gruesos eslabones
De las cadenas rotas,
Ya son, en nuestras manos,
Espadas i fusiles i cañones;
Ya son armas de libres ciudadanos
I estos, pueblos-lejiones
Para arrollar a esclavos i a tiranos.
Allí, en vuestras estátuas,
Altares de la patria i monumento,
Los pueblos, venerando vuestros nombres,
Irán a renovar el juramento
I a pediros constancia i noble aliento,
Fé eterna en la República,
Dignidad de patriotas, valor de hombres!
Allí, en vuestras estátuas,
Todos vemos la imájen,
La imájen de la América,
I la ultrajan aquellos que os ultraje
Si la Europa tiránica
A América condena
A nuevo oprobio i bárbara cadena;
Si la conquista avanza,
Sórdida de codicia i de venganza;
Héroes de Chile, entónces,
En faz de guerra, bajen
Hombres jugantes los gloriosos bronces!
I vuestra voz despierte
A nueva ucha heróica
Los viejos batallones de la Muerte.
I otra vez a los déspotas,
Prueben Chile i la América
Que si hai coronas cívicas
I estátuas para bravos,
Ni para reyes hai ni para esclavos!

XVIII.

O Chile, o patria mia!
I el crimen triunfa, el crimen adelanta.
Ya la traicion impía,
En Méjico imperial, su triunfo canta!
Los conjurados déspotas,
Mercaderes de pueblos i de Imperios,
Han rifado la América,
I parten entre si los Hemisferios.
La víctima elejida
Eres tú, o Libertad! Tú, la mas santa

Luz del progreso humano!
Tú, simiente de vida,
Honra i virtud del mundo Americano!
Tú, la Sibila austera
De los héroes mas grandes!
Tú, a quien el hombre como a un Dios venera,
I de quien ara i templo son los Andes!
I aun esperais, tranquilas o medrosas,
Repúblicas de América?
Ea! el grito de guerra,
El fuerte grito de épocas gloriosas,
Resuene en vuestra tierra,
Evocando lejiones numerosas,
Desde el Plata hasta el Ávila,
Desde Chile hasta Méjico,
El nombre de la América ensalzando,
Las glorias de la América invocando!
Los ecos del clarín pueblan el viento
I en las mismas rejones
I al clamor varonil del mismo acento,
Formen las democráticas lejiones;
I flameen unidas las banderas
Que legó San Martín a tres naciones,
Que Bolívar clavó en las cordilleras:
Insignias respetadas
Por diez i seis Repúblicas
En la América libre proclamadas!

GUILLERMO MATTIA.

Setiembre de 1864.

(Este canto se ha publicado tambien por la Imprenta de la VOZ DE CHILE, en un cuaderno separado, para venderse i dedicar su producto al fondo que la Unión Americana ha destinado para mesadas de las familias de los voluntarios chilenos que fueron en el DART al Perú.)

ECOS PATRIÓTICOS.

(IMITACION DE CANTOS POPULARES.)

CORO DE ANCIANOS.

Hoi es el dia de la patria.

Alzemos al cielo el himno de los buenos i
nuestros corazones palpitén de nuevo con el
ardor de las pasadas batallas.Nuestros brazos están cansados; las armas
son ya pesadas para ellos. Pero nuestra voz
puede ser todavía como el aliento de la tem-
pestad i puede inflamar a los pechos jóvenes
en el puro entusiasmo de la democracia.

Nosotros hemos combatido.

La sangre de nuestras venas ha humedecido
el suelo bendito de la patria. Hemos visto morir
a nuestros hermanos i morir bendiciendo el
sacrificio a la sombra de la bandera tricolor.Los ecos de la guerra atronaban el espacio;
vapor de sangre noble derramada en el ara de
la libertad, humedecía el aire; nuestros her-
manos caían por todas partes; pero aparecían
nuevos guerreros i combatían con igual
constancia.

Muchas veces hemos visto oscurecerse el cielo; hemos oido sonar las cadenas remachadas en nuestros pies; hemos sentido sobre nuestras frentes la mano de hierro de la tiranía; hemos visto a la imágen de la patria llorar arrodillada sobre los jirones de sus banderas.

Los años eran siglos.

Los siglos pasaban i a veces se detenían para contemplar atónitos el heroísmo del esclavo.

Los siglos pasaban i envolvían en los múltiples pliegues de su manto el eco jemebundo de la esclavitud.

Los siglos pasaban i una vez vimos aparecer por la cima de los Andes una claridad misteriosa.

Tronó de nuevo el cañón i los Andes se colorearon con la luz de una aurora.

Salvamos a la patria; murieron nuestros hijos i nuestros hermanos, pero desde las crestas de los Andes se derramó por toda la República la luz de un sol que pulverizó con sus rayos a los enemigos de la libertad.

Era el sol de Setiembre; el sol eterno de la independencia.

Los rayos de ese sol han venido a calentar de nuevo nuestros corazones helados por los años.

Que las nuevas generaciones sacudan su posturación, que eleven sobre el mundo entero la bandera tricolor de la República, que juren a una voz no dejarla manchar jamás por el alieno impuro del monstruo de la monarquía!

¡Bendito sea el día de la patria!

II.

CORO DE JÓVENES.

¡Gloria eterna a la bandera de la República!

Juremos, con la mano puesta sobre el altar de la patria, conservarla pura i gloriosa como nuestros padres nos la legaron.

Nuestro brazo es fuerte, nuestra sangre hierve de energía; la fe nos hará invencibles como las heroicas falanges de la juventud romana.

El pasado nos contempla con toda la majestad de su gloria i nos señala el rumbo de la libertad.

El porvenir espera que lo empujemos para abrirse grande, inmenso, i repartir la luz en todos los ámbitos del globo. La historia prepara sus páginas para llenarlas con nuestras hazañas.

El presente es nuestro.

Alzemos de una vez el brazo vengador: desarmaremos el golpe terrible sobre el monstruo de la tiranía: reguemos con su sangre el árbol sagrado de la libertad.

Las sombras de nuestros padres temblarán de vergüenza i se alzarán indignadas el dia

en que nuestra cobardía deje cargar de cadenas la imágen de la República. Nuestros hijos nos maldecirán cuando abran sus ojos en las tinieblas de la esclavitud.

Ciñámos nosotros a la frente virjinal de la América la espléndida corona de los libres.

Hagamos de la América republicana la patria de todos los pueblos.

Que sea la América democrática el arco-iris de la humanidad.

Que la bandera de la América cobije bajo su sombra bienhechora la paz de todo el mundo.

Que todos los tiranos hallen en los Andes el sepulcro de sus iniquidades, i que sea la América libre i unida la nueva Jerusalén del universo.

Dios bendecirá nuestras armas, Dios protegerá nuestra causa, Dios combatirá con nosotros en las batallas contra el despotismo.

Coloquemos sobre la cumbre de los Andes el trono sagrado de la libertad: consagrémonos el incienso de nuestros corazones i entonemos a su sombra el himno del porvenir.

¡Bendita sea la libertad!

III.

CORO DE ESPOSAS.

Nuestras madres nos enseñaron el camino de la gloria. Sigamos la senda luminosa que ellas nos trazaron.

En otros tiempos, en los tiempos de lucha i de sacrificios, las mujeres no lloraban oyendo resonar el cañón del combate. Las mujeres eran también héroes i sabían morir en el martirio de la libertad.

El ardor de las madres se trasmítia a los hijos en la leche de su seno. Los criaban para la patria, los educaban para la guerra, i el hijo que no salía a combatir era un mal hijo.

Las esposas enardecían con su amor el santo entusiasmo de sus esposos. Cuando el clarín nacional tocaba la diana de batalla, ellas mismas ponían el fusil en el brazo de sus esposos, i el esposo que no salía a combatir era un esposo maldito.

Seamos como ellas; seamos grandes, vivamos para la libertad.

Que el fruto adorado que se ajita en nuestras entrañas se alimente en ellas con las dulces inspiraciones del amor a la patria.

Que sus lecciones en la infancia sean las hazañas de nuestros héroes contadas por nuestras bocas.

Que su adolescencia sea ardiente como el rayo, libre como los cóndores de la cordillera.

Que su virilidad sea robusta para que defiendan a la patria, para que hagan prosperar

el suelo querido donde sus madres han mecto su cuna.

Que su ancianidad sea bendita por las nuevas generaciones, para que su muerte sea llorada por la patria, i su tumba sea consagrada por la gratitud de la posteridad.

Enseñemos a nuestros hijos que amen a su patria, porque el hijo que no ama a su patria no ama a su madre.

IV.

CORO DE NIÑOS.

¡Bendita sea la voz de nuestras madres!

Así era la voz que oían los niños de otro tiempo. Los niños eran valientes porque sus madres no los querían cobardes.

Abandonemos nuestros juegos inútiles.

En vez de correr i de gritar por las calles reunámonos en el secreto de nuestro pacífico hogar i oigamos referir lo que hacían los niños de nuestra edad cuando sus padres i sus hermanos iban a pelear a los campos de batalla.

Aprendamos las canciones que ellos cantaban cuando las campanas de las iglesias anuncianaban una victoria o cuando se alistaban batallones para defender la bandera tricolor.

Seamos fuertes, hagámonos invencibles, para defender el techo que guarda a nuestras madres, cuando los reyes insolentes nos amenazan con la iniquidad de sus invasiones.

Ellas velaban nuestra infancia; velemos nosotros su ancianidad.

¡Felices los que pueden combatir!

¡Felices los que son el sostén de la patria!

¡Felices nosotros que somos su esperanza!

V.

CORO DE VIRJENES.

Hoy es el día de la patria.

En otro tiempo el Dios de la guerra paseó por todos los ámbitos de América su tea victimaria.

Los mares, los valles i las montañas fueron alumbrados por el siniestro reflejo de su luz i el manto sombrío de ese Dios cubrió los hombros virjinales de la patria.

Los labradores i los artesanos cambiaban sus herramientas en armas de pelea; los niños de la escuelas jugaban a los combates; los viejos transmitían a sus hijos las armas que ellos no podían ya manejar.

Cantos guerreros eran las canciones con que las madres adornan a sus hijos en la cuna. Los niños que nacían eran arrullados por el eco del cañón i respiraban en atmósfera de humo.

Las jóvenes señalaban a sus amantes el cam-

po de batalla, ponían su corazón a precio de combates i ellos partían llenos de ardor a morir por su bandera.

El mejor regalo de boda era un jiron del estandarte enemigo, cuando el Dios de la guerra pedía a la patria desmembrada el sacrificio de sus más preciosas vidas.

Ahora los tiempos son otros; pero cuando la patria está en peligro, los esfuerzos por salvarla deben ser los mismos.

Odiemos a los cobardes; cerremos nuestro corazón para los malos patriotas.

Amemos a los valientes; avivemos en su corazón el fuego santo del patriotismo. Ciñámosles con nuestras manos la espada del combate, para que no la rindan ante el enemigo.

Tejamos guirnaldas i coronas para adornar sus frentes abrasadas cuando vuelvan del combate vencedores i cubiertos del polvo de la gloria.

Oremos por los que mueren por la patria i demos nuestro corazón a los que combaten por ella.

¡Benditos sean los que combaten por la patria!

LUIS RODRIGUEZ VELASCO.

Setiembre de 1864.

AL PUEBLO.

El pueblo no es el monstruo que, sediento
De sangre i de pillaje,

Contra todo poder blasfema i quiere
El tesoro arrancar del opulento,
I cebo dar a una ambición salvaje!

No es el pueblo el que vibra
El sangriento puñal de Catilina,
Ni el que aplaude a Marat, impura biena,
Que el ansia ajita de matanza i ruina,
I que a su patria de vergüenza llena!
Ni es el pueblo una turba imbécil, ruda,
Falta de honor, de majestad desnuda,
Que se arrastra a las plantas del tirano,

I cual misero siervo,
Inclinada la sien, besa su mano.

No es ese el pueblo, no! de Dios imájen
Se dá sus propias leyes,

I, señor absoluto i soberano
Al mando eleva Cónsules i Reyes,
El les da su poder, les encomienda
Sus destinos en tanto que le place,

Mas no en perpetua ofrenda.
¡Maldito el que se erija

En Señor de los pueblos que son libres
I sus destinos a su antojo rija!

El puñal de un patriota
Hirió de César el valiente pecho,

Porque olvidando su pasada gloria
Un trono alzó en el Capitolio augusto
I echó un boron a la Romana historia:
Así perezcan todos los tiranos
I ballen en su carrera
Pechos republicanos
Que en Bruto aprendan la arrogancia fiera!

Mas, tu grandeza, o pueblo,
Estriba en tu virtud;—si falto de ella
Quieres alzarte, te hundirás, perdida
La blanca luz de esa brillante estrella
Que no vuelve a brillar si fué extinguida.
Sin fe, sin patriotismo,
Tus hijos huirán la noble lucha,
Presa el alma de sórdido egoísmo:
Les será rudo el casco,
Fatigoso el corcel, la lanza dura,
I fallos de pujanza i de enerja
Arrastrarán una existencia oscura
Sin comprender su dignidad ni un dia!—
I estenderá en la tierra
Su imperio la maldad, su sombra el crimen,
I tenderá su vuelo emponzoñado,
Sembrando ruinas i clamando guerra,
La bacante feroz de la Anarquia.

Pueblo, tus pasos la virtud dirija,
Ella tu norma en tu camino sea;
Si en paz, tu fe i aspiraciones rija;
Tu guerrero valor, si en la pelea.

Grecia es grande i virtuosa
Si prodiga en los campos de Platea
Su sangre jenerosa,
Por conservar su libertad luchando
Con firme pecho en la feroz pelea!
La admiro en Maratón: su ilustre gloria
Me deslumbra en Termópilas, si-busco
En su brillante muerte su victoria!
No así te miro, o Grecia, cuando atada
Al carro vas del vencedor Romano;
I en mas remotos siglos
Te envilece el estúpido otomano!
Fué tu grandeza a tu virtud unida,
Tus cívicas virtudes te ensalzaron!
Mas ¡ai! despues tus vicios
A esclavitud eterna te entregaron!

O Roma, o gran República!
Cuánto me duele tu aflida suerte!
Grande como tus triunfos fué tu ruina,
Grande como tu gloria fué tu muerte!
Te entregaste a merced de tus tiranos,
Que vertieron la sangre
De tus mas distinguidos ciudadanos,
I por unir la infamia a la miseria
Te dieron a beber tu sangre propia
En los circos, los juegos, los festines;

E infatuada en tus triunfos
Aun los fuiste a aplaudir en sus jardines.
Te rijeron imbéciles, Nerones,
I torpes prostitutas;
I mientras se embriagaban tus lejones
En insensata orja,
Aprestaban los bárbaros su lanza,
Herían sus bridones,
I entonaban sus himnos de matanza
En salvaje, fatídica armonía!

Lección funesta, inexorable i dura!
En la cierta balanza
De la eterno justicia, mas pesaron
De la ciudad impura,
Los crímenes que el bien, i airado el cielo
La entrega a eterno llanto, a eterno duelo.

Tal Babilonia un dia,
Cuando su rei cobarde reposaba
En brazos de sus libres concubinas
I entre el ruido sonoro de las copas
Sus provincias al Persa abandonaba:
Ve en la pared escrita
Por invisible mano en igneas letras
Su destino fatal, su fin cercano,
Pues la torpe ciudad está maldita
I maldito su rei, su templo i ara,
I en el abismo Dios la precipita.

Pueblo, tu escudo es Dios!—El tu destino
Rije, i puede ensalzarte, i tu cabeza
De laureles ceñir, i en tu camino

Apartar la maleza:
El, el supremo árbitro del mundo,
Envilece o levanta las naciones;
El, que en el seno de la mar profundo
Hundió a los Faraones!
Suyos los orbes son, suyos los pueblos!
I el pueblo independiente i soberano
Que se da leyes i su imperio ejerce,
Es la imágen de El.—Por eso odia
I condena al tirano;
Por eso nunca inclinará su cuello
A recibir el vergonzoso yugo!
I ¡ai! del que intente reducirlo al crimen,
I ¡ai! del que ser pretenda su verdugo!

CARLOS WALKER MARTINEZ.

Setiembre de 1864.

A LA ESTÁTUA

DEL JENERAL DON JOSE MIGUEL CARRERA.

Audaz guerrero de la patria mia,
Sacude el bronce que te irrita inerte;
Haz lucir en tus ojos la osadía
Con que supiste desafiar la muerte;

Deja tu pedestal,—la Monarquía
Con sus ciegos lacayos se cree fuerte,
I manda sus castillos i leones
A conquistar de nuevo estas rejiones.

Alienta, Jeneral,—vibre tu espada
Que fué el terror de esbirros estanjeros;
La América inocente está ultrajada;
Un oscuro agresor huella sus feros;
La libertad con sangre conquistada,
Hoi es escaño vil de aventureros....
Lánzate de una vez en la pelea,
I el león de España escarmiento sea!

Tú que has regado con tu sangre pura
La tierra de los libres i los bravos;
Tú, el primero en rasgar la vestidura
De esos que fueron miserios esclavos;
Tú, mártir de la envidia mas impura....
Rompe del ataud los férreos clavos,
I enséñenos tu sombra tan querida,
Como se da a la Patria hacienda i vida!

Despiértenos tu voz,—porque vivimos
Durmiente en los laureles de tu gloria;
Porque, ciegos de error nos dividimos
Escusando la lid i la victoria;
Inspírenos tu fe, que incautos fuimos,
Renegando talvez de nuestra historia,
I, en criminales luchas contra hermanos,
Dimos fuerza i valor a los tiranos.

Despiértenos tu voz, porque se intenta
Que doblemos al trono la rodilla,
Intento vil que, sin rubor, ostenta
La cortesana Reina de Castilla....
Cómo sufrir nosotros tanta afrenta,
Sin que brote la sangre en la mejilla?....
Cómo sufrir que el invasor inmundo
Arrée un pabellon del Nuevo Mundo?....

Los hijos, como yo, de tus soldados,
Que orgullosos contamos tus campañas,
Que fuimos en la cuna deslumbrados
Con el brillo inmortal de tus hazañas....
Nosotros ¡ai!... nosotros amarrados
Al trono mujeril de las Españas?....
Mil rayos ántes lo consuman todo,
I élévese en la ruina el reino godo!

Pero, no será así—Mientras aliante
El libre corazón dentro del pecho,
Podremos disputar al insolente
La americana tierra trecho a trecho,
La raza de los libres es valiente,
Se apoya en la justicia i el derecho....
Atras!—atras, piratas invasores!
Guerra al cobarde!—muerte a los traidores!

Atras, los Reyes que la Europa cria,
Esclavos del error, del crimen mismo;

Su grandeza real, es la falsia—
Su brillante poder, el fanatismo—
Sus pueblos, son sayones que a porfia
Matan la libertad i el patriotismo....
Atras los reyes de la esclava Europa,
Que en sangre tiñen su purpúrea ropa!

La América del sur hoi se levanta
Ardiente, varonil, grande i serena;
El ruido del cañon ya no la espanta,
Ni tirano ninguno la encadena;
La libre trova de sus bardos canta;
Con sus fastos de gloria al Orbe llena....
La América del Sur acepta el duelo....
Ampárela en la lucha el Dios del cielo!

Alienta, jeneral, un solo instante,
Que a combatir la Patria te convida:
Ven,—la América de hoi está arrogante,
Ama mas el honor que ama la vida;
Nuestra hermana, el Perú, como un gigante,
Va a lanzarse en el mar enfurecida;
Su triste humillación, o su victoria,
Será nuestro baldou o nuestra gloria!

Despierta, jeneral,—dáños tu aliento,
Que avanzan en tropel los invasores;
La América del Sur dará escarmiento
A soberbios Monarcas i a Señores:
Su pabellon glorioso flota al viento,
Ya se siente el batir de sus tambores;
Al combate!—a morir como los bravos....
Que vale mas morir que ser esclavos!

V. MAGALLANES.

Setiembre de 1864.

LA SALVA.

¡Es el sol de la gloria! el sol de Chile
Que vistió con su luz esplendorosa
A la patria desnuda;
Por eso al asomar su luz gloriosa
El cañon de la patria lo saluda,

Es el cañon de Maipo que rompiendo
Los escombros que ocultan el pasado,
Los Andes en su base estremeciendo,
Nos recuerda al presente
Que si somos un pueblo independiente,
Es un crimen inicuo
Dormir en la inacción del egoísmo,
Mientra otros pueblos en pelea insana
Sucumben con patriótico heroísmo
Por defender la causa americana.

Oh! truena, si, cañon de nuestras glorias;
Mas, no anuncies como ántes

El júbilo de espléndidas victorias,
Lleva tu trueno a pueblos más distantes,
A mas lejanas zonas;
Atraviesa la América,
I de Europa los ámbitos recorre
Estremeciendo tronos i coronas.
Los imperios despoticos ajita
I envuelte en tu humo denso
Esa oprobiosa púrpura maldita
Que se visten los reyes
I que adoran humildes los esclavos,
Su baldon devorando
I el fuero de los pueblos ultrajando.

Dile a Santo Domingo, el pueblo mártir
En la frente escupido,
Por despotas infames maniatado,
Por sus hijos vendido,
Que siga denodado
Peleando con valor como ha peleado;
Que el Dios de la justicia i de la gloria
Al fin coronará sus esperanzas.
Que no deje sus bosques,
Que aguze chuzos, que improvisa lanzas,
I que si al fin sucumbe a los azares
De su lucha gloriosa,
Que incendie sus hogares,
I que sirva la luz de sus escombros
Para alumbrar la afrenta
De sus crueles inicuos opresores;
I sirva como tea funeraria
Alumbrando con vivos resplandores
El sacrificio horrible consumado
En el ara sagrada de la patria.
Dile que desde Chile
Se maldice tambien a sus tiranos,
I que en su lucha dile
Lo acompañan los buenos ciudadanos
Los que sufren con ellos, los hermanos.

Dile a Méjico, el pueblo desgraciado,
Que luche siempre con igual constancia
Hasta ver derrocado
Al monarca mendigo coronado
Aborto del monarca de la Francia.
Que se agrupen sus pueblos
En torno a su bandera ensangrentada,
La bandera de Puebla,
I la sigan jornada por jornada,
Aterrando cobardes i traidores
I exhortando a los buenos;
I alzada por sus héroes vengadores
Tremole la bandera mejicana,
Coronando la empresa,
Donde hoi, para baldon, tremola ufana,
Enseña de traidores la francesa.

Dile tambien que luche a la Polonia,
Que luche i que sucumba;

Que vale mas muriendo con denuedo
La cara patria convertir en tumba.
Mas vale en el martirio
Sucumbir a la despotica cuchilla
Muriendo de la patria en el santuario,
Que doblar con oprobio la rodilla
Ante el chacal de Rusia sanguinario.

Dile a Venecia i a la noble Hungría,
Dile a todos los pueblos oprimidos
Que talvez no está lejos el gran dia
En que se alzen los pueblos redimidos.
Que allá en el fondo oscuro
Que guarda los designios del futuro,
Se empieza a traslucir una luz vaga
Que alumbría de cien tronos los pedazos,
I sobre ellos cien pueblos
Estrechándose libres en sus brazos.
Oh! ya el mundo bastante se ha regado
Con sangre jenerosa,
Sangre que el sol de libertad orea;
Ya las víctimas bastan;
Van pasando los tiempos del soldado,
Porque llegan los tiempos de la idea.

Oh! truena, sí, cañon de nuestras glorias
I anúncianos como ántes
El júbilo de espléndidas victorias.
Destella, oh sol, tus rayos rutilantes;
La patria que desnuda
Viste sin armas con valor luchando,
Hoi libre, independiente, despertando
Con su cañon glorioso te saluda.

LUIS RODRIGUEZ VELASCO.

Setiembre de 1864.

APARICION

DE MANUEL RODRIGUEZ EN 1817.

La tierra está sombría, húmedo el clima;
Entre huracanes inaplacables llueve,
I el Andes con su túnica de nieve
Cubre su falda i cima.
La senda peñascosa se ha borrado;
La huella del mortal cubrióla el hielo,
I un hombre está de pie e impresa al cielo
Sobre un risco nevado.

Es misionero de una santa guerra;
Es precursor de luz i de bonanza;
Traq al hogar desierto la esperanza
I el rayo no le aterra.
Lo conjura en la nube sin desmayo,
Apacigua en su frente la tormenta,
I en vano detener su paso intenta
Ni tormenta ni rayo.

Avanza, avanza, impávido, altanero.
I trepa silencioso a la alta cresta,
Su cabeza jentil, gallarda, enhiesta,
Su rostro placentero.
Llega a la cima, absorbe su mirada
Cuanto la patria oculta de doliente....
I audaz inspiracion en su alma siente,
En su alma arrebatada!

I veloz como rápido torrente,
A los valles desciende i a los ríos,
I se alberga en los bosques mas sombrios
El héroe independiente.
I llega a los dinteles del poblado,
I alienta el alma del esclavo triste:
Que a su iman poderoso no resiste
Ni el pecho acogojado.

La forma varia de figura estraña
A la esperanza sus colores presta;
Quien le ve aparecer en la alta cuesta
O en la áspera montaña.
La pasion de la patria se enaltece;
El corazon renace en su derecho,
I en el asilo noble de su pecho
Dulce ilusion se mece.

El pueblo se alza; animase la tierra,
Un jénio la remueve con su aliento:
Ya en belicoso son remeda el viento
Un cántico de guerra.
I el alma del tirano se amedrenta,
Una sombra circunda su morada,
En la tarde, en la noche, en la alborada,
I con el sol se ahuyenta,

Deja de luz espléndido reguero
I de fé lleva espléndido tesoro,
I el Andes cruza cual fugaz meteoro
El santo misionero.
I queda la memoria de su hazaña,
I su nombre en el pueblo bendecido,
I el pánico en el pecho entumecido
Del despota de España!

J. N. E.

UNA ESCENA SOCIAL.

I.

Era la tarde del dieciocho de setiembre del año 18...

El paseo de la alameda presentaba un brillante i pintoresco cuadro que hacia recordar los fantásticos cuentos de las leyendas orientales. La multitud inmensa que paseaba; las elegantes santiaguinas adornadas de flores i vistosos trajes; los altos álamos vestidos de pompa i verde follaje, los coches que en las calles laterales de este espléndido paseo cruzaban en todas direcciones; las estatuas i pilas que entre los árboles aparecían; a lo lejos dominando el paseo la vista de los Andes que

elevaban sus nevadas cimas, destacando sus majestuosas moles sobre un fondo de naranja i azul claro; la música que poblaba el viento de bellas armonias; las palabras que se cruzaban, el perfume que se respiraba, la agitacion i la alegría que se dejaban ver por do quiera; i las banderas i galardetes tricolores que adornaban la alameda en toda su extensión i se mecían blandamente: todo impresionaba el alma, hería la imaginacion de tal manera, que parecía un sueño, una vision encantadora, un celestial laberinto de tules, de árboles, de perfumes, de hermosuras, de miradas i de armonía.

Añádase a esto la hora, pues ya el sol se había hundido en las montañas de la costa, i dominaba la suave luz del crepusculo; i se tendrá una idea aunque no exacta de la bellísima tarde del dieciocho de setiembre.

Entre los muchos bienes que nos ha traído nuestra emancipación de la madre patria, bien merece contarse el paseo de la alameda en los días de setiembre. Entonces es cuando se conoce el esplendor de nuestra capital, i cuando Santiago se presenta en toda su grandeza, en toda su hermosura. Los provincianos se llenan de satisfaccion al hallarse en Santiago en esos días; los extranjeros confiesan que pocos paseos han en las ciudades europeas superiores a nuestra alameda que con razón se le ha llamado *paseo de las Delicias*; i los hijos de la capital vamos a buscar en la alameda en las tardes de setiembre, o un amor correspondido, o una mirada furtiva, o una esperanza lisonjera. I así los provincianos, los extranjeros, los santiaguinos, concurren a la diversion comun.

Yo, a fuer de buen patriota, estudiante de la capital, a las seis de la tarde de ese dia, me dirijía por la calle de la Bandera al paseo; cuando encontré a mi antiguo amigo Alberto, i juntos ambos, pues llevábamos la misma dirección, seguimos nuestro camino. Iba tan elegante, tan perfectamente vestido, que me movió la curiosidad de preguntarle cual era la causa de tanta elegancia.

—Mi felicidad, me respondió.

—Tu felicidad?... dijéle, tu felicidad hace de tí un completo dandy?

—Es que amo i soy correspondido, me respondió Alberto, brillando en sus ojos la mas espansiva alegría.

—Cuentame.

—He hallado el ideal de mis sueños, he visto trocadas en realidad mis mas bellas ilusiones.... oh! mi amigo, soy completamente feliz. Antes no creía que pudiera hallarse la felicidad en esta vida; ahora sí; lo creo—I en mí mismo tengo un ejemplo de ello.

—I quien es la mujer que te ha inspirado tan ardiente pasion?

—El anjel, di ...

—Pues, entonces, quién es ese anjel?

—Luego que la encontrémos en la Alameda te la mostrare; i tú me perdonarás que te deje, porque ella ocupo todos mis pensamientos i sabes lo que es estar enamorado!

Nos hallábamos ya en medio del paseo, i pocos pasos habíamos dado cuando Alberto deteniéndose me dijo:

—Ahí va.... mírala....

I se alejó rápido de mí i se dirijó a un grupo que iba en dirección opuesta.

En efecto, habíamos encontrado a la joven que él llamaba anjel: era alta; su tez algo morena, de ese moreno delicado, don precioso de las sudamericanas; llevaba sus negros cabellos sujetos a un elegante peinado; su traje era color claro; i caía de sus hombros con gracia, formando anchos pliegues, un manto árabe, de esos que estuvieron tan en moda i que tanto majestad daban a las mujeres hermosas.

Iba acompañada de otra joven, hermana menor suya; i algo detrás seguían sus padres, acompañados también de un joven que representaba treinta años, i que, según lo supe después, les había sido presentado el mismo día.

Mi amigo Alberto paseó toda la tarde con Elvira, que en el nombre de su amada; i yo pude notar bastante contento en él i en ella, señal infalible de que mi amigo era en verdad correspondido por Elvira.

Felicidad, esclamé, al fin se te puede hallar en el amor de una mujer! I de veras que enviñé el destino de Alberto; i a ser menos filósofo, o más iluso, de seguro que esa tarde me había enamorado perdidamente! Es una enfermedad tan contagiosa el amor!—

II.

Estaba el teatro esa misma noche lleno de espectadores que esperaban impacientes la subida del telón. Eran ya mas de las ocho, i en el patio comenzaban a espesarse con golpes las señales de impaciencia del público: los *dandys* del patio encontraban en sus jemelos que dirigían a los palcos, con mas o menos prudencia i miramiento, una agradable distracción i modo de esperar. I en verdad que hacían bien en usar así de los jemelos, pues todos los palcos estaban también llenos de lindas niñas, i en ellos se hallaban todas las notabilidades del bello sexo Santiago. Vestidas en general de blanco, i adornadas las cabezas con camelias i rosas blancas o lacaes, hacían de cada palco un ramillete donde a la belleza de los negros ojos de nuestras bellas, se unía la belleza de los trajes.

En uno de los palcos de la derecha se veía a Alberto i Elvira, que el uno al lado del otro, en una animada conversación parecían olvidados enteramente de cuánto pasaba a su alrededor. Elvira estaba bellísima; i en los ojos de Alberto se leía el ardiente amor que abrigaba. Mas de un elegante del patio hizo notar a sus compañeros la escena que tenía lugar entre Alberto i Elvira, i concitieron todos creyendo firmemente que el amor era mutuamente correspondido, i algunos se aventajaron a decir que no tardarían mucho en celebrarse las bodas.

Así entregados los unos a sus amores, los otros a sus observaciones, i la mayor parte fastidiados de esperar, se pasaron algunos momentos, hasta que la campanilla dió la señal de levantarse el telón.

I el telón se levantó, en efecto, descubriendo el proscenio.

El cuadro que apareció a los ojos del público fué magnífico. Estaba el proscenio lleno de los oficiales de la guardia nacional, que formaban vistosos grupos, i dejaban en medio a los primeros artistas de la compañía lírica que se adelantaron a cantar el himno nacional.

Toda la concurrencia se puso de pie cuando rompió la brillante orquesta la soberbia obertura de nuestro himno; i era hermosísimo entonces el espectáculo que presentaba el magnífico teatro de Santiago abrigando en su seno mas de cuatro mil espectadores, adornado de bellas decoraciones i cintas tricolores i iluminado por un número inmenso de luces.

Se cantaba el himno antiguo, nuestro himno guerero de la Independencia, que maldice a los tiranos; i cada estrofa arrancaba numerosos i frenéticos aplausos que encendían el pecho apagado de los ancianos i ajitaban con violencia el corazón de los jóvenes. Para un pueblo libre no hai resorte que mas efecto produzca en él, como su himno patriótico, eco siempre de sus glorias i de sus instintos guerreros.

Se puso en escena la brillante ópera de Verdi, *El Hernán*; la función fué espléndida: i la juventud alegre i entusiasta, con sus aplausos premió repetidas veces los

esfuerzos de los artistas que esa noche estuvieron sublimes.

A las doce de la noche se cerraban las puertas del Teatro; i cuando el reloj de la plaza de armas daba la última campanada de esa hora ya todo estaba en silencio, en la mas profunda quietud.

Alberto había sido en esa noche el hombre mas feliz: su amada una i otra vez le había dicho que le amaba, i había prometido ser suya eternamente, le había entregado su corazón.

¿Qué mas podía desear?—

Para un corazón que ama verdaderamente con el delirio de la juventud, con el fuego de una pasión naciente pero voraz, no puede concebirse mayor felicidad que oír de los labios queridos una palabra de correspondencia, una palabra de amor!—

Es, en verdad, sublime ese momento en que una mujer que adoramos nos dice que también nos ama!

I Alberto lo había oido de su Elvira, i había recibido los juramentos mas tiernos, las promesas mas seductoras.

No es, pues, extraño que Alberto hubiera sido completamente feliz en la tarde i en la noche del 18 de Septiembre.

Es tan rara vez feliz el hombre en su vida que un momento de verdadera felicidad, es en él un recuerdo imperdible i forma un paréntesis brillante en sus largas horas llenas jeneralmente de infiunio. Dichoso aquel que abriga algunos de estos recuerdos, que cuenta algunos de estos paréntesis! Los Persas, mas felices que nosotros porque tenían menos necesidades i ambiciones que satisfacer, cada día de felicidad la señalaban con una bolita blanca que echaban en la urna al entregarse al descanso del sueño, i al cabo de sus días en sus horas de ancianidad, rodeados de sus nietos, abrían la urna, i hallaban muy pocas bolitas blancas, i si, muchas negras! Aí si en nuestro siglo se hiciera lo mismo, quien de nosotros tendría muchas blancas que contar?

Pero Aerto pudo en esta noche haber echado una blanca en la urna de su suerte, i contar un día de felicidad.

III.

—La última copa, exclamó Luis, la última copa por la felicidad de Alberto!—

—Por Alberto-repetimos todos en coro, i bebimos chocando nuestros cristales a su salud.

Alberto que precedía nuestro juvenil banquete volvió a llenar con el espumoso champán su copa i con entusiasmo, dijo:

—Por Elvira, amigos, por Elvira.—

I todos volvimos a beber por la amada de nuestro amigo.

Jeneralmente cuando está proximo a concluirse un banquete, en los intervalos que tienen lugar entre los últimos brindis, se guarda cierta gravedad i se filosofa mucho. No sé porque entonces es cuando el alma reflexiona, i el corazón se siente abrumado por el sentimiento.

Mil ideas lúgubres parecen pesar sobre el alma, mil recuerdos tristes parecen alzarse con los vapores del vino, mil reflexiones desgarradoras brotan de los labios! Es que el contenido siempre camina al lado del dolor; por eso en una senda de flores se suelen hallar el dolor i el placer de frente i mirarse cara a cara.—

Guardamos un momento de silencio.

Agustín lo interrumpió.

—Amigos, dijo, me place ver que hai en el mundo seres que verdaderamente se aman. Yo que fui feliz en un tiempo, que amaba también a una mujer, comprendo la felicidad de Alberto! Pero mi fortuna cayó por los sueños, mi padre quebró, i yo quedé pobre. . . . Entonces la que me quiso me despreció, la que me había ofrecido

su corazon me alejó con la sonrisa del desden, i rió de nuestro antiguo amor! Nos hemos alejado para siempre uno de otro. Ella está en brazos de un rival afortunado, i yo he ahogado en el fondo del alma ese amor infeliz.—

Amigos, el mundo es así: lo que se ama hoy mañana se olvida, lo que hoy se quiere mañana se odia.—Pero todo se olvida, porque al cabo. . . .

«L'oublie est la seule réalité de la vie. —(Sue)

Behavimos por el olvido!

—Oh! no! replicó Alberto! yo no la olvidaré jamás, ni Elvira me olvidaría tampoco!—

—Quien sabe! todo se olvida....

—Mal profeta eres, Agustín.—

—Con mas experiencia, conozco mas la realidad.—

—Tu realidad es horrible.—

—Alberto, créeme: En la alta sociedad se ama mas con la cabeza que con el corazón.—

—No—gritamos todos! Aun hai muchas mujeres que tienen corazón.—

I cada uno murmuró en secreto o al oido de su amigo mas cercano el nombre de su amada.—

—Sois muy jóvenes, dijo Agustín con amarga sonrisa; i se recostó en un sillón distrayéndose en seguir las nubes de humo que se desprendían de su cigarro.

—Yo les comunicaré a mis amigos, dijo Alberto, porque entre las copas no es lealtad guardar los secretos, yo les comunicaré lo que hai de mas serio en el asunto, i es que, dentro de uno o dos meses el nombre de Elvira estará para siempre unido al mío, i beberán Uds. conmigo una copa por la felicidad completa de los novios!—

—Un bravo sonó en el salón; i fuera de Agustín que permanecía inmóvil i distraído en su sillón, todos gritábamos, reímos i estrechábamos con efusión la mano de Alberto dándole los parabienes.

Tres días después de aquel en que tuvo lugar nuestro juvenil banquete vi a Agustín que me dijo:

—Alberto es un excelente joven, de buen corazón; pero Elvira es una coqueta, i lo engaña.

—No; le respondí; Alberto es correspondido.

—Tal vez—pero yo te aseguro que Elvira es una coqueta. I no extrañaría que Alberto se hiciera ilusión.

—Tú miras el mundo bajo un prisma de mal color....

—Oye: Alberto cree amar a Elvira; pero no la ama de veras, porque una coqueta no inspira nunca verdadero amor, sino deseo unas veces, otras capricho; i las mas veces se las corteja por vanidad. Por eso esas niñas que nadan en la opulencia i gastan lujo, i pasean en coches, tienen siempre muchos adoradores. No se las ama; se corteja su lujo, sus trajes, su opulencia!

I si Alberto es despreciado, es olvidado por Elvira, con su corazón de elegante Satiaguino, bueno pero débil i vulgar, encontrará, no lo dudes, consuelo pronto.

—Que teorías, Agustín!—

—Las que me enseñó la experiencia, amigo.

Pero apesar de las palabras de Agustín en la sociedad de Santiago no se hablaba de otra cosa que de los amores i del próximo enlace de Alberto i Elvira.

Alberto estaba todo el día en casa de Elvira; Elvira le daba a cada momento señales del mas íntimo amor; i los padres de Elvira lo trataban con cariño i lo admitían a todas horas.

Alberto, pues, era sin disputa un hombre feliz; tenía razón cuando me dijo que había encontrado la felicidad que tan raras veces se halla en este mundo!

IV.

Había estado doce días en el campo; i al volver a Santiago en la tarde del 14 de octubre, mi primera diligencia fué ir a casa de mi buen amigo Alberto.

Sin ningún obstáculo llegó hasta su habitación,

creyendo hallarlo en el colmo de su dicha, pues según las noticias recibidas antes de salir de Santiago de Chile efectuaría a fines de octubre el proyectado enlace de Alberto i Elvira. Mas ¡qué fué mi sorpresa cuando hallé a Alberto tirado sobre un sofá en actitud de un desesperado, ahogando zollosos oprimidos, con el semblante pálido i acongojado, i con el cabello i traje en el mas completo desorden!

—Qué haces? dilete.

—Léete, me dije, levantándose de repente, i me señaló un papel que estaba sobre la mesa.... soi el ser mas desgraciado!

—Tomé el papel i leí la siguiente carta:

SR. DR. ALBERTO H.

Mui señor mío:

El próximo enlace de mi hija Elvira con el señor don Martín A.... i el deseo que tengo de que nada se diga que pueda ofender el nombre de mi hija me obligan a dar un paso que me es en alto grado desagradable. Le suplico a Ud. que se retire de mi casa i deje de visitar a Elvira; servicio que espero de Ud.—soi atento S. S.

EULOGIO C....

—Cielos! exclamé....

—Lee la otra, me dijo Alberto.

SR. DR. ALBERTO H.

Mui señor mío:

Con permiso de mi señor padre pasó a contestarle; avirtiéndole que no me vuelva a dirigir ninguna otra porque será contra mi honor i delicadeza contestarsela. Nunca lo he amado a Ud. i estraño que invoque recuerdos i memorias que para mí no han existido nunca. Si Ud. se ha engañado, suya es la culpa: no me culpe a mí de un mal que solo su sobrada buena fe i satisfacción han causado; yo siempre he sido la misma; i si Ud. ha tomado mis chanzas como protestas de amor, desengaños i crea que no lo he amado.—De Ud. S. S.

EULOGIO C.

—Mira la perfida, exclamó Alberto.

Me ha jurado cien veces ser mío: pero ha hallado un marido mucho mas rico que yo, i me ha olvidado por él. Ingratitud....

I Alberto se paseaba con agitacion, midiendo a grandes pasos su apenso i gritando a veces como un loco.

—Cálmate, Alberto, le dije.

—No me hables de calma! Quién la puede tener ante tal infamia?

—I quién es el don Martín con quién se va a casar?

—El que las acompañaba en el paseo en la tarde del 18 de setiembre.

—Ese?

—El mismo.

—Pues bien! olvida a Elvira, i acuédate de los consejos de Agustín.

—Oh! no. Me voi para siempre de Santiago; esto desesperado. He tenido, te lo juro, momentos en que he estado tentado de darme un balazo, de atravesarme con un puñal este pecho que sufre tanto! Esto horriblemente desesperado.... No amaré nunca, jamás, a mujer ninguna; porque todas son lo mismo.

—No—Las coquetas que buscan el dinero, no el alma; que aman con el cálculo i la cabeza i no con el corazón, esas son tales como tú las pintas; pero entre las mujeres hái ánjeles, hái seres jenerosos que aman con heroísmo, con desprendimiento. Alberto, tú has tenido la desgracia de encontrar en tu camino a una de las primeras.

—No me hables más! Todas son las mismas.—Yo seré infeliz eternamente porque este golpe que he recibido es terrible i ha hecho de mi vida un infierno, un

infierno que no puedo tolerar. Me alejo para siempre i no oíré mas el nombre de esa traidera.

—Ten mas filosofía, domina tu sentimiento.

—En fin, amigo, adios, adios para siempre!

I Alberto al hablar así rompia todos sus papeles, lanzaba hondos jemidos, i se entregaba a su dolor sin medida.

Yo, en verdad que lo compadeci, i sentí de veras la desgracia de mi pobre amigo.

Agustín me dijo: Elvira era una coqueta; Alberto era un hombre de buen corazon, crédulo, pero vulgar. De esos hombres que tanto abundan en nuestro país i que hallamos a cada paso. Se consolará pronto! —

—Maldita tu filosofía! Agustín siempre miras al mundo peor que lo que realmente es, i el mundo que te finjas no existe.

—Tengo esperiencia: miro al mundo tal como es!

V.

El 10 de Noviembre se celebraron las bodas de don Martín i de Elvira.

Mi amigo Alberto se había ido a Valparaiso casi resuelto a suicidarse; o, a lo menos, a no pensar mas en las mujeres, que eran para él todas falsas,

El 12 de Noviembre recibí una carta dirigida a mí; la abri, i en ella hallé dos tarjetas en que se leian los nombres siguientes: Alberto H..... i Luisa U. de H. . .

De mi mudo asombro me sacó mi amigo Agustín que entraba a mi aposento, i golpeandome el hombro, me decía:

—Amigo mio, Alberto encontró una mujer cuyo dote eran setenta mil pesos i se casó con ella.

Hace menos de un mes que casi se suicida desconsolado por la pérdida de Elvira... pero era un hombre vulgar, i halló en una mujer con dinero su felicidad.

—Amigo, miro el mundo tal como es.....

—Es verdad, le respondí, helado ante la fuerza de su argumentación.

I creí firmemente que Agustín conocía el mundo.

N. N.

Tradiciones Patrióticas.

ANECDOTA.

Uno de los patriotas confinados por los españoles a la isla de Juan Fernandez, a su vuelta del destierro fué a visitar a San Martín llevando sobre su pecho la cruz de Santiago. El ilustre jeneral, con aquel tacto i delicadeza que le caracterizaba, sacó de un estuche unas tijeras i cortó la cinta de que pendia aquella decoracion, diciendo con afable sonrisa al novel republicano: «Señor, estas cosas no sientan ya a hombres como Ud.»

UNA IMPROVISACION.

Alas doce de una noche del año 1845, se encontraban varios jóvenes amigos, en una alegre cena en la posada de Casablanca. Se hallaban allí el poeta argentino don Juan María Gutiérrez—don José Santiago Melo—don Juan N. Espejo—don Joaquín Hevel—don Demetrio R. Peña—don Juan Carlos Gómez i otros.

De aquellas cabezas jóvenes i ardientes brotaban a cada instante nobles i entusiastas ideas que mantenían la animacion jeneral.

Se recuerda uno de los brindis. Don Juan María Gutierrez, poniéndose de pie sobre la mesa a instancias de sus amigos, i dirigiéndose a un cuadro en que estaba representado el escudo de Chile, pronunció esta preciosa improvisación:

En el azul del pabellón de Chile

Resplandece un lucero,

I en el escudo noble de sus armas

Un cóndor altanero.

¿Sabeis que significan?

Estos dos signos a la tierra indican
Que el país de los Lautaros i Carreras
Su vuelo ha de encumbrar a las esferas.

(Este brindis ha sido despues correjido por su autor; nosotros lo hemos recojido, tal como se pronunció, de boca de uno de los asistentes a aquella cena i hemos preferido conservarle todo el sabor de la improvisación.)

EL HIJO DEL PATRIOTA.

—Oh padre ¡porqué será
Que cuando suena el cañon
Mi triste pena se vía,
I a cada trueno me dá
Un latido el corazón?

—Es porque el jérmen fecundo
Del amor no tiene edad;
Por un misterio profundo,
Las almas nacen al mundo
Amando la libertad.

—Una lección dame aquí,
I mi brazo el puñal libre.
—¿Qué quieres saber de mí?
—Quiero aprender a ser libre,
Puesto que libre nací.

EL SOLDADO AMERICANO.

Joven ayer, derramó
Su sangre en la lid marcial,
Hoy viejo, el lauro triunfal
La patria a su sieu ciñó.

A los truenos del cañon
Se sentía enardecer,
I a su arranque responder
Las fibras del corazón.

Siempre pura su conciencia,
Noble su alma varonil,
No ha empañado mancha vil
El cielo de su existencia.

Que niño, joven i anciano,
Bajo su santa bandera,
Siempre es noble la carrera
Del soldado americano.

EL CORREO LITERARIO

VIVA CHILE!





Atras, monstruo insolente!
Yo la América soy, tierra-esperanza.
Esta tierra coronas no consiente
Y el harpon vengador será esta lanza!